

Características de los niños y las niñas del primer ciclo de educación primaria: Pautas educativas

En el plano intelectual comprobamos que a estas edades los pequeños empiezan a ver el mundo desde un punto de vista mucho más real, menos referido a sus intereses momentáneos. Dejan de creer en los cuentos o en los Reyes Magos, pues necesitan establecer cada vez más unas ideas más racionales, llegar a sus propias conclusiones, aunque a veces sea en contra de sus deseos e ilusiones.

Su capacidad de observación se va a desarrollar, haciéndose más intencional y diversificada. Ello les va a permitir fijarse en los detalles de las acciones, para, después, por repetición ir ellos mismos perfeccionándolas.

Estos cambios producen y al mismo tiempo son producto de un salto en su “estructura intelectual”, es decir, un cambio en su capacidad y modo de aprender y conocer las cosas: se pasará de la “intuición” propia de los niños de Educación Infantil a la “lógica”.

Los niños más pequeños, hasta los seis años aproximadamente, se guían por la intuición para comprender el mundo, o sea, en sus juicios se dejan llevar por lo que ven.

Por ejemplo, si llenamos con agua dos vasos idénticos hasta la misma altura y preguntamos a un niño o niña de alrededor de cuatro o cinco años (incluso seis) cuál tiene más agua, nos dirá que ambos igual.

Pero, si ante su vista vertemos el contenido de uno de ellos en otro más estrecho y largo, provocando que el agua ascienda a mayor altura, y le volvemos a preguntar en cuál hay más agua, casi con toda seguridad nos dirá que en el estrecho, porque el agua

alcanza mayor altura. Y es que para emitir su juicio se ha dejado llevar por su intuición, por lo que ve.

Sin embargo, ya con siete u ocho años, si hacemos esta experiencia, es muy probable que nos diga que en ambos igual, pues se dará cuenta de que aunque el vaso cambia de forma, la cantidad de agua no se modifica.

Sí que hay que decir que esta capacidad lógica es todavía “concreta”, o sea que se aplica a casos concretos y singulares, sin que exista generalización.

Por ejemplo, suele ocurrirnos que les enseñamos a resolver un determinado problema aritmético con manzanas. El niño llega a razonarlo y lo resuelve. Pero cuando queremos que solucione un ejercicio similar con árboles, nos quedamos sorprendidos al comprobar que es incapaz de hacerlo, no encontrando similitud con el que había realizado antes.

De hecho, los cuadernos de problemas matemáticos que usan nuestros hijos a estas edades no son sino la repetición de tres o cuatro tipos de ejercicios: juntar (sumar), diferencias de cantidades o eliminación de las mismas (restar) o una combinación de ambos; pero variando las cifras y los objetos: pájaros, árboles, manzanas, sacos, etc.

Si la lógica de los niños no fuese concreta se darían cuenta de que todos los problemas se reducen a tres o cuatro tipos. Pero no, ellos deben pensar todos y cada uno de los ejercicios como si fuesen diferentes.

Favorecerá la correcta evolución de esta etapa el que realicen actividades de manipulación de líquidos, plastilina, arcilla, puzzles, construcciones, etc. es decir, ejercicios en que tengan que conocer el punto de partida, la evolución y el resultado final.

También ayudarles a encontrar semejanzas entre los ejercicios que realizan, de manera que poco a poco vayan generalizando sus aprendizajes. Que reflexionen buscando conexiones entre lo que aprenden.

Por otro lado, es normal que los niños y las niñas de estas edades se entusiasmen por “algo”, pero que lo abandonen rápidamente. Empiezan colecciones, libros, actividades, etc. que nunca acaban. Y es que sus intereses intelectuales todavía están muy ligados a las circunstancias de cada momento: circunstancias personales, emocionales, sociales, etc.

Por ejemplo, empieza una colección porque un amigo también la ha empezado, pero cuando riñe con él la colección deja de interesarle. O simplemente porque lo pasa mejor yendo a karate.

En el aspecto motor, se van a ir controlando cada vez mejor los impulsos, aunque no es de extrañar que todavía se den estallidos de gran actividad física.

Hacia los ocho años, el dominio que poseen de su cuerpo y las posibilidades que en él descubre, hacen que sus movimientos corporales posean fluidez, velocidad y precisión, lo que en ocasiones les lleva a realizar atrevidas hazañas infantiles: saltos, carreras, equilibrios...

La inseguridad o el miedo excesivos al realizar actividades comunes a su edad, como andar en bici, patinar, saltar, etc. debe ponernos sobre aviso de la existencia de problemas motrices o de personalidad que pueden perjudicar su desarrollo general.

Lo normal es verlos jugar incansablemente a fútbol, baloncesto, ciclismo, patinaje, etc. o sea, cualquier actividad que les permita encauzar sus energías.

Por otro lado, y ya hablando del lenguaje, vemos como su desarrollo psicológico, social y del vocabulario les va a permitir sobre pasar su propio punto de vista, de manera que estarán abiertos a las opiniones de los demás (sobre todo de otros niños y niñas de su edad) y tratarán de transmitirles sus informaciones. Es decir, que se da un intercambio real de ideas.

Es señal de posibles dificultades el que a estas edades no conozcan o sepan explicar las diferencias por ejemplo entre un perro y un pájaro, entre el joven y el viejo, o las semejanzas entre una manzana y una naranja.

Les agrada escuchar las conversaciones de los adultos e intervenir en ellas. Es positivo hablar con nuestros hijos realizando un amplio intercambio de ideas, pero al mismo tiempo dándoles pautas sobre cómo y cuándo hablar y sirviéndoles de modelos adecuados de respeto y diálogo.

Es importante a estas edades, incluso antes, estimular en la familia el hábito de la lectura. En este sentido, es necesario que los padres seamos modelos adecuado, desarrollando aficiones y hábitos lectores, leyendo con ellos, proporcionándoles lecturas abundantes y escogidas, adecuadas a su edad, evitando hacerles leer libros que les desagraden, impidiendo el nefasto hábito de presentar la lectura como alternativa a otros pasatiempos que les atraigan más como la televisión, el vídeo o el ordenador. Las bibliotecas escolares y públicas pueden ayudarnos.

Las correcciones que hagamos de su lectura, como en general de cualquier otra actividad, deberían hacerse siempre destacando lo positivo: es mejor decir “está todo muy bien excepto este detalle que puedes hacerlo mejor” que decir, “haces todo mal”, “no sé cuando vas a aprender a hacer las cosas bien” y expresiones de este tipo.

Hay que tener en cuenta que en estas edades el autoconcepto, o sea la imagen que tienen de sí mismos, está muy relacionada con las opiniones que sus padres les

transmiten.

Los niños con un buen concepto de sí mismos son más seguros, más optimistas, menos destructivos y menos ansiosos, mientras que los que lo tienen negativo, son temerosos, antipáticos, tristes y aislados. Los padres apoyan el desarrollo de un buen autoconcepto cuando respaldan las iniciativas de sus hijos, consultan su opinión, apoyan la educación que les ofrecen en la sonrisa y las palabras amables más que en la amenaza o el castigo y son consecuentes en el cumplimiento de las normas: pocas, claras y establecidas de forma invariable.

En las relaciones entre hermanos es fundamental evitar las comparaciones. Frecuentemente, nos encontramos diciendo a nuestros hijos frases como “tu hermana a tu edad ya hacía tal cosa” o “mira tu hermano ya se lo ha comido todo” etc. Con ello fomentamos los celos y que el niño se desvalorice.

La mejor forma de tratar los celos entre hermanos es la de no premiar los celos y las conductas a través de las que se manifiestan. Es decir, que ante una manifestación de celos por parte del niño o la niña no obtenga ningún beneficio, limitándonos a decirle, de forma tranquila, que no hay razón alguna para darle lo que desea. Que se le dará cuando lo necesite, o cuando se lo gane.

En suma se trata de no pretender igualar a todos los hijos en toda ocasión, sino de establecer claramente las diferencias entre ellos y sus circunstancias. Comprar la ropa o lo que sea (chucherías, útiles del colegio...) al que lo necesite en cada momento, premiar justamente al que se lo merezca, regalar cosas sólo al que cumple años y que sea este únicamente el que apague las velas de la tarta, etc.

Igualar a los hermanos lo único que provoca además de aumentar sus celos es llevar a los padres a situaciones insostenibles y educativamente fuera de lugar: dar la

comida al mayor porque se la damos al pequeño, contar el número de cazos de sopa para que los dos sean iguales, etc.

Un problema que a veces va asociado a los celos es el de la enuresis, que se da cuando a partir de los tres años o tres años y medio no controla el pis de forma adecuada, orinándose bien por el día bien por al noche o ambos.

Si se presenta a estas edades, 7-8 años, el problema se agudiza por las secuelas que puede provocar a nivel psicológico.

En estos casos lo más aconsejable es ser tolerantes con el niño (el problema se da sobre todo entre varones) y no ridiculizarlo jamás delante de sus hermanos o amigos. Si el problema no se resuelve en un corto periodo de tiempo sería conveniente acudir a un psicólogo. Él determinará el mejor camino a seguir: no es lo mismo que el niño nunca haya aprendido a retener la orina, que después de aprender, por un problema (por ejemplo el nacimiento de un hermano) haya vuelto a orinarse encima.

Sí es cierto que algunos psicólogos no son partidarios de corregir este problema, pues señalan que es un síntoma de problemas psicológicos básicos que son los que hay que resolver. Personalmente pienso que la propia enuresis puede crear los problemas psicológicos y que desde luego su mantenimiento no apoyará la resolución de ninguna dificultad que presente un niño.

Con respecto al aspecto social, se observa que a estas edades los niños se van haciendo más independientes respecto a sus padres estando ya más influenciados por otras personas: maestros, compañeros de clase..., sin embargo, todavía el peso fundamental de dirección del niño está en sus padres.

Debemos darles oportunidad para fomentar su independencia, evitando hacerles todo. Si no es así, no podremos esperar después que se den comportamientos como estudiar sin necesidad de que estemos continuamente vigilándoles o que tengan ordenada su habitación.

Es conveniente que desde pequeños se les encomienden algunas tareas en el hogar: ayudar a poner la mesa, limpiarse los zapatos, bajar la basura, traer el pan..., para que vayan adquiriendo sentido de sus propias responsabilidades y aprendan a hacer las cosas por su cuenta.

Las tareas deben ser planteadas con dificultad progresiva, y exigirles cada vez más calidad en sus realizaciones. Esto es muy importante para educar la voluntad, para enseñarles a fijarse un objetivo concreto y superar los inconvenientes.

Para finalizar, en el tema de la identidad sexual, decir que tanto los niños como las niñas ya conocen y aceptan su identidad sexual, es normal que se produzcan una clara diferenciación en los juegos y que busquen sus amistades entre compañeros o compañeras de su mismo sexo.

En este sentido deberemos respetar los gustos y deseos de los niños y de las niñas, no forzándoles en ningún sentido. Es decir, que deberíamos evitar obligaciones diferenciales según el sexo, por ejemplo que la niña haga la cama o recoja la mesa y el varón no; pero también evitar que, por un exceso de igualitarismo, se den hechos como sin que tengan interés o deseo por ellos regalemos una muñeca al niño o un balón de fútbol a la niña.

Ante preguntas de tipo sexual hay que mostrarse naturales y tranquilos, evitando transmitir sentimientos de vergüenza o culpa. Las respuestas deben ser correctas, pero adecuadas al nivel de comprensión y conocimientos del pequeño.